

EL FEO TANGO DE TARANTINI

JOSEP RAMONEDA

HAY quien llevaba diez años sin bailar y de repente, en cualquier fiesta de este verano con la voz de Domenico Modugno, del Paul Anka o del Harry Belafonte, le ha dado el telele y se ha pegado un atracón de tres horas sin parar...

*Nos quedamos solos
como cada noche
hoy te veo triste
y yo ya sé por qué...
Tú querrás decirme
que no soy el mismo
que yo estoy cambiando
y quieres terminar,
mas...*

*Yo ni un momento puedo estar
lejos de ti,
cómo iba a estar la vida entera
ya sin ti.*

Son cosas que sólo salen bien una vez, la primera: luego se quiere repetir y con la nostalgia vienen las miserias, la tristeza, el desencanto, el aburrimiento. Pero una u otra vez todos lo hemos probado en este verano barcelonés. Siempre hay un amigo que los guardaba todos: y que se ha presentado con ochenta discos de cuarenta y cinco revoluciones. La clave estaba en los ojos. Aquellas portadas: la cara lánguida, infantil, tímida de Paul Anka; la mirada penetrante del Harry Belafonte, de Banana Boat, cuyo pelo rapado al uno imitaron miles de jóvenes. O las enternecedoras miradas de Alain Barriere o de estos italianos que ponen todos idéntico gesto de ternura como preludio a aquellos cambios de ritmo tan deseados:

—Un lento, pon un lento, que ya no están los papás...

El verano retro ha permitido a la generación intermedia de este país recordar, confrontar directamente su realidad actual con la mísera educación sentimental y sexual que nos hizo crecer. Y el contacto vale mientras es sólo un contacto. El que se recrea en el juego acaba deprimiéndose o aburriéndose: el tiempo es inexo-

nable. Thomas Mann lo ha escrito: el tiempo posee "la propiedad de correr insensiblemente dejando rastro". ¡Y qué rastro! "El paso poco a poco de la juventud a la madurez fatigada".

En este verano retro en que uno se compra el disco de "Solos en la madrugada", las reposiciones cinematográficas traen cola: colas para ver el "Ladrón de Bagdad", colas para la revisión de los grandes cabezas de serie de la filmografía Bogart, colas para el "Dos mil uno, odisea del espacio". Un día cualquiera de la pasada semana, "Casablanca" en cartel (o "Tener o no tener", o el "Halcón maltés") y una larga cola de ciudadanos hambrientos y deseos de recuperar mitos. Un denominador en la cola: la inmensa mayoría son pieles blancas mantenidas (hasta el presente) por completo a resguardo de las agresiones del dios sol. Es como un islote de nostalgia y de noche en las mismas horas en que la carne está expuesta a toneladas, prietas las filas, en los renglones playeros de este país.

*Cuando calienta el sol
allí en la playa...
Siento tu cuerpo vibrar
cerca de mí...
Es,
el palpar,
el cariño,
el recuerdo...*

Si la poética de hace diez o quince años que ahora se evoca con nostalgia venía acompañada de la consumística del automóvil y del frigorífico, el verano retro por excelencia (este país ha descubierto la corriente subliminal que le une con el pasado inmediato) es el verano de la residencia secundaria. Parcelas, urbanizaciones legales e ilegales ("Catalunya Express" ha establecido el censo de las urbanizaciones y son cantidad las que no cumplen los requisitos exigibles desde el punto de vista jurídico), créditos,



Tarantini, embrollo de amores y dinero, un asunto que pudo empezar haciendo

casas de campo arregladas, plazos, muchos plazos, buenas condiciones, muy buenas condiciones. El perímetro de los que tienen un cobijo fuera de la ciudad se amplían hasta lo obsesivo: lo importante es salir fuera de Barcelona. Un fenómeno de evasión se sobrepone a los tradicionales reflejos de prestigio social. Hay quien para tener una casa fuera

hará tantos sacrificios que difícilmente se puede entender que compensen: pero tendrá una casa fuera, lo que hace el "status", y además los fines de semana podrá huir de la dura, difícil, incómoda, inhóspita ciudad, podrá poner un paréntesis entre los duros, desagradables, incómodos, inhóspitos, problemas de la vida cotidiana y de la convivencia. Un



Los CoNteM poRa nEoS

CUIDADO CON EL HUMOR

ES curioso que cuando los diarios de este país, y algunos semanarios, decidieron que debían nombrar cronistas de Cortes, la mayoría designaron escritores distinguidos en el campo del humor. Quizá pesara en ellos el recuerdo de que un gran humorista, Fernández Flórez, se distinguió en otros tiempos como cronista parlamentario. Pero aquello tenía su lógica. Fernández Flórez era un escritor monárquico y derechista —lo cual no le impidió, en su obra literaria, ser crítico y sarcástico para con los usos y costumbres de su propia sociedad: eran otros tiempos— al servicio de un periódico —“ABC”— igualmente monárquico y derechista, cuyo principal interés estaba en destruir el sistema democrático de la República y en demostrar que los padres de la Patria eran —salvo los suyos; incluso alguno de los suyos— unos personajes cómicos, desasistidos de la gracia de Dios y del soplo del Espíritu Santo, y que el sistema parlamentario es un circo. No parece que esta sea la voluntad de ahora. Sin embargo, se extiende cada vez más la idea de que una considerable comicidad se desprende del Congreso, y se hace ya franca carcajada cuando se refiere al Senado.

Ciertamente que hay parlamentarios dotados de una especial vis cómica, a su pesar. Pero ¿no nos estaremos pasando de la raya? ¿No será un juego arriesgado llevar a nuestros parlamentarios a las fauces de los humoristas, y no sólo de los de los periódicos? (Pienso en Pedro Ruiz, pienso en Típ y Coll). A veces, estos humoristas tienen un gran sentido de la responsabilidad, saben distinguir, saben matizar. Pienso, ahora, en los tres grandes de la crónica parlamentaria: en Vicent, en “Cándido”, en Umbral (cuando se acerca al tema). Saben lo que se está jugando, y por qué. Saben hasta dónde llega la burla, y saben también que hay estamentos más tragicómicos que el de las Cortes.

A partir de ahí, la moda se extiende a quienes no tienen ya más que el halago fácil al público del “desencanto”. Puede asomarse un joven crítico literario a la pantalla de la televisión a criticar, en general, el lenguaje castellano de los diputados; puede un gramático de periódico elegirles como mal ejemplo, frecuentemente, en su diario. Que son, a su vez, portadores del mal lenguaje. Puede, un cualquiera, contribuir a esta imagen del Parlamento como circo, de los parlamentarios como sustitutos de los futbolistas. Y así se va creando un antiparlamentarismo de fondo, y un desprecio formal a los representantes del pueblo.

Pero ¿qué respeto puede esperarse cuando un ministro designado puede llamar “mentiroso” a un senador elegido por el pueblo, sin que el presidente de la Cámara Alta intervenga con la energía que sería de esperar, sin que nadie se conmueva por lo que, indudablemente, está considerado como un insulto?

Probablemente una gran parte de nuestros diputados y senadores son nuevos en el oficio; probablemente su lenguaje no está a la altura de las intenciones y de la misión que desempeñan; probablemente son torpes, y leen sus discursos en lugar de improvisarlos, y cometen errores y lapsus. Conviendría preguntarse por qué no han podido asistir a una escuela de democracia, quién les ha privado de desarrollar unas facultades parlamentarias. Alguien o algunos sobre los que no pudo ejercerse el humor, y cuyos nombres todavía respetan los humoristas. Será porque tienen miedo.

Lo extraño es que no tengan miedo a que si fracasa el Parlamento, venga de nuevo alguien que no admita con tanta facilidad el humor. ■

POZUELO

blo. Pero esto ya pasaba en Gelda en el verano del 36...

Desde la tragedia de los Alfaques, mientras Barcelona se va vaciando —como todos los meses de agosto— y el litoral (y también la montaña) se va llenando —siempre bien juntitos compartiendo entre todos las incomodidades— uno diría que sólo los casos Tarantini y Solsona han dado alguna nota de presente al verano retro. Porque la muerte del Papa ha sido visto y no visto: no está bien que un Papa se muera tan de prisa; no da tiempo de crear clima. Ni los diarios se agotaron en Barcelona.

Como una canción de aquellas que los Hermanos Rigual, los Platters o Pérez Prado nos llevaban del otro lado del Atlántico, Tarantini ha venido con un embrollo de amores y dinero que empezó haciendo gracia, pero que ha acabado haciendo pena. El señor Minguella, que no sabe de nostalgias ni de sentimientos, pero que sí sabe de dinero y de especulación (y en este sentido han hecho un matrimonio perfecto con el presidente del Barça y especulador número uno de Barcelona, señor José Luis Núñez), ha montado una agencia matrimonial: con dinero y descaro que es lo que hacía falta. ¿Usted es argentino y no puede jugar en España? No se preocupe, le busco novia — a cargo de los costes del fichaje—, se casa, se nacionaliza y listos. Y ahí está Tarantini melido con el llo del casamiento que le ha de españolizar, dando el Barça de Núñez, que es el único equipo que le ha querido hacer caso, un triste espectáculo de sordidez, cachondeo y falta de seriedad. Pero en fútbol, por lo visto, todo vale o por lo menos esto es lo que se cree el señor Núñez, que hizo un último intento por Solsona —después de mil y una ofertas de precios ridículos— cuando Meler ya había dado palabra al Valencia. Núñez, por lo visto, no sabe mucho de estos otros valores que están por encima de los únicos que él conoce: el oro y la insolencia. Pero ni en el fútbol basta esto para arreglar las cosas.

En todo caso, el tango que Tarantini y el Barça nos llevan de Argentina nada tiene que ver con aquellas melodiosas canciones —llenas de sentimiento— que los Platters y los Cinco Latinos nos traían de lejos, y que ahora hacen todavía verter alguna lagrimita...

*Cuando el cielo enamorado,
la luna besa,
en un crepúsculo dorado,
es la hora del amor... ■*

nuevo fenómeno a seguir de cerca se va a manifestar: los conflictos entre estos nuevos colonizadores y la gente del campo que ve interrumpida su paz con el dinero que llega de la capital (de Gan Panga, como dicen en algunos pueblos). Primero, el dinero gusta. Pero después se va configurando una relación difícil de superar: la relación colonia/pue-